

La plaza de Zimapan era defendida por él bizarramente, cuando fué hecho prisionero en Huichapan su hijo D. Francisco.

Intimóse á Don Julian rendicion bajo la promesa de que se libertaria á su hijo, y él obtendria indulto. Villagran contestó héroicamente á tan indigna propuesta, y los defensores del rey sacrificaron á Francisco Villagran en el mismo pueblo de Huichapan, escogiendo para la ejecucion la esquina de su casa, donde quedaron estampados los sesos que hicieron saltar las balas.

Las gacetas del gobierno vireinal, queriendo oscurecer la gloria de Villagran, le llamaron "padre desnaturalizado," y dijeron que el suyo habia sido un acto de barbarie. Pero no faltó quien echase en cara á los españoles su inconsecuencia en vituperar en un americano lo mismo que tanto exaltaban en un paisano, cuyo nombre es uno de los que más adornan las páginas de su historia.

No pasó mucho tiempo sin que D. Julian Villagran, sorprendido por una traicion, sufriese la misma suerte que su hijo.

A este episodio de nuestra historia aludió Quintana Roo cuando dijo: "Conducido por la traicion al glorioso altar del martirio, unió su sangre á la de su propio hijo que rehusó redimir al vil precio de un vergonzoso rendimiento, dejando eclipsada con tan generoso sacrificio la hazaña justamente celebrada del defensor de Tarifa, que en el héroe mexicano, doblemente meritoria, se vituperó como acto de barbarie, por una de aquellas inconsecuencias que no puede disculpar ni el desconcertado aturdimiento del espíritu de partido."

Holgarian otras palabras para encomiar á Villagran. Séanos permitido tan sólo decir al lector: ahí tienes á los modestos caudillos de la libertad mexicana; Villagran es uno de ellos; uno de los mismos á quienes el famoso historiador Alaman pinta como foragidos, como bandoleros capaces de todo crimen, perpetradores de cuanto hay de odioso y execrable. Y cuenta que rasgos como el que acabas de oír, abundan en la historia de aquellos once años de continuo luchar, de incesante martirio. Si aun no te parece suficientemente grandiosa esta página, si buscas heroicidad mayor, si aun pretendes que se pongan ante tus ojos

dramas en que resplandezca un patriotismo más sublime todavía, no será imposible complacerte.

La Sra. Rayon, la matrona ilustre que dió á la patria tantos héroes, nos ofrece un hecho que opaca el de Villagran.

VILLAVICENCIO, Juan.

Maneyro, el insigne veracruzano que salvó del olvido los nombres de muchos de nuestros compatriotas, refiriendo sus hechos en la importante obra que publicó en Bolonia en 1791 y que intituló: "De Vitis aliquot mexicanorum, aliorumque, qui sive virtute sive literis Mexici imprimis floruerunt," incluye entre los que fueron objeto de su estudio, al esclarecido sacerdote D. Juan Villavicencio. Pero Maneyro, siguiendo una costumbre que privó largos años en nuestra patria, escribió sus biografias en lengua latina, y como son muy contados los que en los días que alcanzamos poseen con perfeccion dicha lengua, muy contados son tambien los que tienen noticia de los varones de quienes se hace memoria en la obra que citamos. Por otra parte, raros son ya los ejemplares que de la obra de Maneyro existen y pocas las biografias de ella vertidas á nuestro idioma; de lo que resulta que parezcan originales, puede decirse, las que no son sino breves compendios, ó más ó ménos imperfectas traducciones.

El Padre Villavicencio no merece yacer en el olvido, y vamos por eso á referir su vida, aun cuando sea á grandes rasgos, por exigirlo así la índole de nuestro estudio.

Hijo de padres originarios de España, de familias respetables por su posicion y por sus virtudes, Villavicencio nació en la ciudad de México en Enero de 1708. Inclinado desde sus primeros años á la carrera eclesiástica, hubo de dispensársele la

edad que le faltaba para admitirle en el noviciado de la Compañía de Jesus, en atencion á las raras prendas que le adornaban.

Entró al célebre Colegio de Tepotzotlan, y se consagró con igual ahinco al estudio y á la práctica de las virtudes religiosas, y una vez llenados los requisitos de edad y estudios, pronunció los votos.

Despues de sustentar lucidos exámenes, pasó al Colegio de Valladolid (hoy Morelia), á dar la cátedra de gramática durante dos años, en los que reveló su aptitud para el magisterio. En seguida regresó á México y le fué conferida la dignidad del sacerdocio. Pasó al Colegio del Espíritu Santo, de Puebla, y despues de un año de residencia en aquella ciudad fué de nuevo llamado á la de México para encomendarle una cátedra de retórica. Grata para él y en extremo provechosa para sus discípulos fué la tarea, pues el Padre Villavicencio, como indicamos ya, no sólo tenia especial aptitud para la enseñanza, sino que, virtuoso por excelencia, formaba el corazon de sus alumnos para la virtud. Terminado con el año el curso, fué designado por sus superiores para maestro de novicios, cargo que desempeñó satisfactoriamente.

No tardó en ser elevado á mayores honores, pues se le nombró catedrático de filosofía en el Colegio de Puebla. Duró el curso tres años, y en ellos logró sacar aventajados discípulos y acrecentar su propia fama, por su claridad al exponer las doctrinas filosóficas y por la dulzura de su trato, que hacia agradable el estudio bajo su direccion.

Una vez concluido el curso regresó á México y se le ordenó que abriese aquí otro de la misma materia. Estaba en el segundo año, cuando el esclarecido conde de Revillagigedo, á la sazón virey, le confió la educacion de su hijo, el jóven Juan Vicente Güemes Horcasitas, que con el tiempo fué un excelente militar que prestó servicios distinguidos á su patria y á quien Carlos IV pensó enviar á México de virey. Villavicencio, como Dávila, de quien hablamos ya, rehusó intervenir en los negocios públicos, y miéntras fué maestro del hijo del virey, no trató á éste sino cuando lo exigia con imperio la urbanidad.

Al terminar satisfactoriamente el difícil encargo de que acabamos de hablar, fué nombrado procurador de la provincia. Admitió por obediencia y demostró gran habilidad en el empleo, acrecentando las rentas y conduciéndose en todo con tal rectitud y con tal inteligencia, que parecia que no era un catedrático de filosofía, un retórico excelente, sino un diestro administrador.

En Febrero de 1750 se le nombró legado del Prepósito general para que visitase los colegios del otro lado del Atlántico. Villavicencio se embarcó para la isla de Cuba: visitó en la Habana la casa de la Compañía y luego pasó á Puerto Príncipe, á Yucatan, á Guatemala y á Chiapas, dejando por donde quiera agradables recuerdos el entendido visitador.

Por los dias en que regresó á México dejó de existir el secretario del Presidente de la provincia, y fué nombrado Villavicencio para cubrir la vacante. Con el empeño que le caracterizaba, con la inteligencia que demostró en cuantas comisiones se le confiaron, el nuevo secretario puso en orden todos los negocios y prestó servicios utilísimos.

Confiósele, un año despues, el rectorado del Colegio de Valladolid, en donde tan gratos recuerdos dejó en el comienzo de su carrera, y en donde conquistó nuevos y merecidos lauros, contribuyendo eficazmente á la construccion de un colegio que llegó á ser uno de los edificios más notables del país, por su elegancia, comodidad y solidez.

De Morelia pasó, á los tres años, á Guadalajara. En esta última ciudad no permaneció más que cinco meses, porque fué llamado á México en virtud de haberle conferido la Compañía el encargo de pasar á Madrid y Roma á gestionar los negocios pendientes en aquellas Córtes. En todas partes fué recibido con grande estimacion; visitó cuanto de notable encierran aquellas opulentas ciudades, llenó satisfactoriamente su cometido, y regresó á su patria con gran caudal de conocimientos adquiridos en el viaje. Nombrósele entónces consejero del Prepósito, cargo de la mayor significacion en la Compañía. Desempeñándolo se encontraba, cuando ésta fué proscriba de los dominios espa-

ñoles en 1767. Villavicencio, acostumbrado desde niño á obedecer, encaminóse inmediatamente á Veracruz, en espera de una nave que le condujese á Italia, y como se demorase en aquel puerto tres meses, en la estación más calurosa del año, atacóle la fiebre amarilla y sucumbió, víctima de ella, en el mes de Noviembre.

No sólo en la cátedra y en los puestos que hemos mencionado sobresalió este sacerdote ejemplar. En el púlpito y en todas las tareas de su ministerio adquirió fama imperecedera, y si quisiéramos referir las virtudes que Maneyro dice que resplandecían en Villavicencio, necesitaríamos llenar muchas páginas.



XICOTENCATL.

Vamos á hablar de Xicotencatl, el jóven General tlaxcalteca, hijo del que llevó el mismo nombre y el mismo grado militar, y que era ya anciano al pisar Cortés el territorio mexicano.

Xicotencatl aparece en la historia adornado por una parte de excelentes cualidades, y por otra, débil, transigiendo por algun tiempo con los enemigos de su patria. Sin embargo, su nombre y sus hazañas han pasado á la posteridad, y su gloria es mayor que la falta por él cometida.

Era ya general el jóven tlaxcalteca cuando Cortés se presentó en Tlaxcala, y cuando la señoría discutió si debía ó no concederse al jefe español el permiso que solicitaba para llegar á la capital. Xicotencatl se adhirió á la opinion de su anciano padre, pronunciada por la guerra. En el primer encuentro con los españoles rechazó con gran energía las proposiciones de paz que se le hicieron, con la singular circunstancia, única en la historia, de haber proporcionado al enemigo víveres para que recobrase sus fuerzas ántes de entrar á la lucha, á fin de que no atribuyese el éxito de la batalla á otra causa que no fuese el valor de los tlaxcaltecas. Xicotencatl batió á Cortés con sólo dos mil hombres, forzó las trincheras, y peleó cuerpo á cuerpo.

La divergencia de opiniones, la conducta de la señoría y las influencias de Maxixcatzin, frustraron las patrióticas miras del jóven General y de los demas jefes que como él querian defender la patria. Entónces fué cuando Xicotencatl apareció al lado de los conquistadores y figuró en sus filas para sojuzgar á los mexicanos, irreconciliables enemigos de los tlaxcaltecas, como es bien sabido.

Xicotencatl, más tarde, abandonó las filas del invasor, de quien nunca llegó á ser un fiel aliado, como lo demuestra la altivez con que siempre le trató, y sobre todo, el hecho de no haber desplegado en su servicio el heroico brío y las grandes cualidades militares que ostentara al combatirlo. Mandóle perseguir Cortés, y Ojeda, que le aprehendió en Texcoco, y le ahorcó allí mismo. No satisfecho Cortés, embargó los bienes del guerrero y de su familia para adjudicarlos al rey de España.

No referimos las acciones de guerra en que Xicotencatl tomó parte, porque sería prolija nuestra narración. Darémos, sí, una idea de lo que fué el valiente General, por medio del testimonio de una autoridad respetable en materia de historia.

“Esta noble figura—dice el sabio Orozco y Berra en su eruditísima *Historia Antigua y de la Conquista de México*,—maltratada en la pluma de algunos escritores, merece de toda justicia detenerse un poco en su presencia. Él sólo en todo su pueblo, se mostró patriota; manteniéndose firme contra los invasores, logró con su valor detener por algunos días la carrera victoriosa de los blancos, y cesó de combatir cuando no tuvo quien le acompañara al combate. Derrotado de continuo, no conoció el desaliento, volviendo á la pelea con doblado entusiasmo. Heroicos eran los civilizados acometiendo á la inmensa muchedumbre que les rodeaba; pero mayor y de mejor temple era la heroicidad del bárbaro luchando contra la fortuna, la debilidad de sus compatriotas, contra los dioses invencibles y sus abrasadores rayos. Libre de las preocupaciones vulgares, leyó en el porvenir las desgracias que á su patria amagaban, y quiso conjurarlas; loables y meritorios fueron sus inútiles esfuerzos; si la fama no los ha pregonado cual debiera, es que la complaciente deidad sólo alaba á los triunfadores.”

El mismo historiador acabado de citar, refiere como sigue la muerte dada á Xicotencatl por orden de Cortés: “En la ciudad (Texcoco) estaba preparada una horea muy alta, en la cual fué suspendido el guerrero, mientras un pregonero en recias voces decía la causa de su muerte. Así murió aquel bravo caudillo, el solo hombre patriota y previsor de Tlaxcala, que pudo leer en

el porvenir la suerte preparada á su patria y á la señoría. Después de muerto, los guerreros se repartieron los fragmentos de la capa y del *maxtlatl*, teniéndose por dichoso el que podía alcanzar las reliquias del mártir. Herrera asegura que aunque orgulloso y valiente, murió con poco ánimo.

“Se comprende: el guerrero indio no temía dejar la vida; titubeó ante la horea, suplicio infamante de los blancos, indigno de su nobleza y de su condición guerrera. Cortés guardaba absoluto silencio acerca del hecho. A Solís parece imposible que el jefe indio fuese ahorcado en Texcoco. Los alcohua ni algun otro de los aliados tenían simpatía alguna por el tlaxcaltecatl; la señoría dió su permiso para acto semejante; el ejército tlaxcaltecatl estaba dividido y á la sazón mandado por *Chichimecatecuhli*, enemigo de Xicotencatl: éste no tenía esperanza de salud por ningun lado. Por eso aquella ejecución, que pudo ser causa de un serio alboroto entre los aliados, pasó sentida en secreto por los buenos, y difundió un profundo terror en la multitud.”

Oigamos ahora una brillante defensa del guerrero, hecha por el Sr. González en la obra intitulada *Hombres ilustres mexicanos*:

“Hay muchas circunstancias—dice—que disminuyen el valor de la falta cometida por Xicotencatl en sus últimos días; falta que ante el severo juicio de la historia amengua en algo la gloria del héroe. Pero nosotros observamos la conducta de otros personajes históricos á quienes venera el mundo, y nos inclinamos naturalmente á encontrar razones para disculpar á Xicotencatl. Sucumbió éste á las manifestaciones del Senado y de la opinión de su país; participó del odio general en Tlaxcallan contra los mexicanos; pasó los límites de la obediencia debida á la autoridad y á la ley, y acompañó, aunque sin distinguirse en ningun combate, á sus ántes enemigos y después aliados; conoció su falta; sintió el peso de la esclavitud, y abandonó el campo de éstos para ir al patíbulo, no por cierto como traidor á su patria, sino como reo del delito de infidelidad á los conquistadores. Todo esto, que constituye la falta á que hacemos referencia, por grave que sea, es menor que la de otros héroes que el mundo venera á pesar de sus pasiones y de sus debilidades.

Ménos culpable nos parece Xicotencatl siguiendo unos dias á Cortés, que Temístocles ofreciendo los recursos de su valor y de su influencia á Xerjes, enemigo de toda la Grecia; ménos que Alcibiades, que instó á los espartanos para que fuesen á hacer la guerra y á destruir á Atenas su patria; mucho ménos que Coriolano (Cayo Marcio) llevando una guerra desoladora á Roma y poniéndose al frente de los enemigos de la ciudad de Rómulo y de Numa. Pero para que se olvide la debilidad de Xicotencatl, para que se le disculpe, le faltó nacer en Roma ó en Grecia; le faltó un Píndaro que eternizase sus hazañas; le faltaron enemigos tan célebres como Artaxerjes y Agis; le faltó una esposa como Columbia, y una mujer como Virginia, que le demostrasen que obraba mal, y—permítasenos decirlo,—le falta algo la indulgencia de sus compatriotas.”

Como podria objetarse que la anterior defensa ha sido escrita por un mexicano, citarémos, en elogio de Xicotencatl, las palabras de Prescott, á quien no puede tacharse de parcial. Dice, al concluir el capítulo tercero del primer tomo de su “Historia de la Conquista de México:”

“La conducta de Xicotencatl es calificada por los escritores españoles de bárbara y feroz. Es muy natural que ellos le juzguen de esta suerte; pero los que están exentos de la preocupacion nacional deben verlo de una manera muy diversa. Mucho hay que admirar en aquella alma elevada é indómita que como una magnífica columna se levantaba sola y llena de majestad y grandeza sobre los fragmentos y las ruinas que la circuian por todas partes. Él dió muestras de perspicacia y sagacidad, puesto que, rompiendo el trasparente velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles, y penetrando el porvenir, entrevió las miserias en que iba á ser envuelta su patria y desplegó el noble patriotismo de quien intentaba salvarla á cualquier precio, y en medio del abatimiento universal, procura infundir en toda la nacion el intrépido valor que á él le anima, y alentarla á un último esfuerzo por conservar la independencía.”

Terminarémos diciendo que el sacrificio de Xicotencatl se consumó en Mayo de 1521.

ZARAGOZA, Ignacio.

El general D. Ignacio Zaragoza nació en la bahía del Espíritu Santo (Texas), el dia 24 de Marzo de 1829. Hizo su educacion primaria en Matamoros primero, y despues en Monterey, capital del Estado de Nuevo Leon, en donde comenzó sus estudios secundarios en el Colegio Seminario. Empero, el jóven Zaragoza no tenia vocacion por la carrera del foro ni por la de la Iglesia, únicas que allí podia seguir, y al pasar su familia á Monterey, dedicóse él al comercio en aquella ciudad.

Por aquel tiempo comenzaron á organizarse las milicias cívicas ó guardias nacionales, y entónces Zaragoza fué de los primeros que voluntariamente se inscribieron. Nombráronle sus compañeros sargento primero, y así fué como se alistó en las filas del pueblo el que más tarde habia de alcanzar tan imperecedera gloria en la carrera de las armas. En 1853, ya capitán Zaragoza, marchó con una compañía de Nuevo Leon para Tamaulipas, y allí puede decirse que dió comienzo á su brillante carrera. En Mayo de 1855 Zaragoza, que pertenecia por conviccion y por sentimientos al partido liberal, pero que habia comenzado su carrera en el ejército de Santa-Anna, se alistó en las huestes liberales. El 23 de Julio del mismo año vencieron éstas en el Saltillo á las que mandaba el general Woll, y Zaragoza, sobre el campo de batalla en que habia desplegado tanta serenidad y valor, recibió el grado de coronel, y emprendió despues algunas marchas para el interior y para la frontera amagada por los filibusteros.